

II

Adriana tornó al cabo de ocho días, después de dejar á Dionisia en el Colegio del Sagrado Corazón. Sentía prisa por volver á Rouelles para disfrutar, al fin, plenamente, de la felicidad conyugal que compró á cambio de tantas contrariedades y que, sin embargo, no creía haber pagado muy cara.

Apenas regresó, cuando asomó el invierno anunciándose por terrible viento norte que acabó de despojar á las copudas hayas.

Enmudecieron los arroyos, y las plantas acuáticas de Fuentemala quedaron prisioneras bajo dura

capa de agua congelada. El ramaje de la arboleda se consteló con trocitos de hielo; sobre la blancura azulada y polvorienta de los bosques, sólo destacaba el verdor oscuro de las hojas coriáceas y persistentes de las encinas. Ensombrecióse el cielo y principió á nevar. Copos mariposeantes y espesos llenaron el aire y, á la mañana siguiente, cuando despertaron los habitantes de Rouelles, vieron el llano y los montes cubiertos por alfombra blanquísima. Se habían borrado los caminos; profundo silencio señoreaba en el angosto valle; durante algunas semanas el pueblo estuvo casi incomunicado con el resto del mundo.

Esta época, en la que el calor y la vida se concentran en reducido espacio y en la que todo se junta y estrecha para confortarse, es la verdadera época de la intimidad. Así lo entendía la señora de Pommeret que no renegaba de los rigores del invierno, porque esos rigores aislaban la casa y le dejaban á Francisco entregado por completo á su cariño. En la amplia y bien tapizada estancia del piso alto, convertida en gabinete conyugal, chisporreantes troncos de encina y de haya ardían en la chimenea. Los recién casados casi no salían de esta habitación, y, por la noche, después de despedir á los criados, Adriana servía el té, que

Francisco saboreaba lentamente, dejándose mirar y acariciar por su esposa. Ésta no regateaba las atenciones; pródigamente, imprudentemente, abrumaba á su marido con zalamerías, sin pensar que el exceso de ternuras, que son los almíbares del amor, empachan y cansan pronto á los hombres. Hasta el apasionamiento, con un regimen de « sobrealimentación » degenera en hartazgo, cuando no se encuentra robustecido y como tonificado por intenso y cordial afecto. Ese afecto existía sin duda en el pecho de Adriana, pero era muy discutible que existiese de igual modo en el de Francisco. Ya se ha visto que el joven Pommeret se había dirigido á la dueña de la Mancienne cediendo á impulsos puramente instintivos y egoístas — apetitos de vanidad, curiosidad malsana, deseos amorosos exaltados por la falta de distracción; — únicamente por virtud de las circunstancias cuajó en matrimonio un sentimiento que sólo fué en su comienzo, un capricho. El amor de Francisco se asemejaba á esos arbustos precoces que cuentan estrictamente con la cantidad de savia necesaria para cubrirse de flores, pero que se agotan antes de fructificar y languidecen y se mustian pronto.

En Adriana, por el contrario, la pasión durante

mucho tiempo reprimida, se encontraba ahora en plena expansión. Las ideas de misticismo que alimentaba le hacían creer que podía abandonarse sin limitaciones, y que el matrimonio lo permitía todo y lo santificaba todo, incluso los transportes carnales. La atmósfera de voluptuosidad que mantenía en torno de Francisco, no tardó en antojársele á éste algo pesada y soporífera. El ardor avivado por el deseo de vencer los escrúpulos y los temores de una amable devota, se amortiguó tan luego como obtuvo el primer triunfo. Su apetito excitado en un principio por la sal y pimienta de un plato confeccionado con honestidad discreta y con cariño fogoso, acabó por hastiarse de un manjar siempre idéntico. Los prosaicos detalles de la vida íntima y la uniformidad monótona de las caricias acostumbradas completaron el fastidio. A los tres meses, Francisco, desengañado y hartado, deploraba ya haber vendido su libertad de soltero por aquella tediosa esclavitud dorada; se acusaba de haber cedido á la sugestión de un casamiento por interés y se preguntaba con horror si tendría fuerzas para llegar hasta el fin honradamente, sin dar cortes al lazo indisoluble que lo unía con una mujer que sería vieja dentro de diez años ó acaso antes.

La pobre Adriana hacía cuanto estaba á su alcance para conservar la juventud fugitiva y para detener la llegada de la madurez. Vestía cuidadosamente, extremaba las coqueterías, buscaba á toda hora lazos vistosos y encajes floridos que le diesen el aspecto moceril de una joven recién casada. Pero los frutos arrebolados por el otoño parecen más maduros cuando se les rodea de hojas verdes. Los trajes y adornos blancos y rosa sólo servían para poner más de relieve el avance de los años. Francisco hasta creía que el rostro expresivo de su mujer no había ganado con el casamiento: hallaba más acentuada la severidad de las cejas, más pronunciado el tono mate del cutis, y la firmeza de las facciones rayaba en dureza. Todos los refinamientos de tocador aconsejados por las revistas de modas, no bastaban para disimular el « ajamonamiento », ni para estimular el ardor amortiguado del joven esposo. Tras un día de ociosidad invertido en hojear un libro y en fumar sin descanso, Francisco veía llegar la noche con terror, y envidiaba el lecho de la posada en el que, antaño, dormía solitaria y sosegadamente, después de pasear por el bosque. Al despertar, el semblante pensativo y adusto de Adriana, encuadrado entre lazos claros, finas ba-

tistas y vaporosos encajes, le resultaba desprovisto de frescura y de encanto. Entonces, involuntariamente, volvía á pensar en Montaraz, fruto silvestre, verde y áspero, que por breve tiempo llenó la casa con penetrante y embriagador perfume de juventud, y sentía de nuevo en los labios la impresión sabrosa del violento beso de despedida que, al marcharse, le dió la incomprendible jovencita.

Poco á poco fue encontrando ó inventando pretextos para dormir en la habitación que él llamaba su gabinete de trabajo, y en la cual hizo que le instalasen una cama. Adriana era demasiado perspicaz y se hallaba apasionada en demasía para no darse cuenta de aquel enfriamiento, á pesar de las hábiles precauciones adoptadas por Francisco para disimularlo. Primeramente este descubrimiento fué, para la pobre mujer, como un golpe brutal asestado en mitad de su dicha; después trató de cerrar los ojos y de engañarse. No era posible que el hombre que la amó impetuosamente en la Mancienne, hubiera llegado tan pronto á la indiferencia... Tal vez se hallase enfermo, fatigado; pero resultaba inadmisibile creer que estuviese cansado de su dicha... Desgraciadamente, Francisco se mostraba bueno y sano;

comía con gran apetito y dormía ocho horas de un tirón; había que renunciar á explicarse su frialdad por falta de salud... Además, en los gestos, en las miradas y en la manera de hablar, existían ciertos indicios inequívocos para una mujer enamorada...

Adriana sabía contenerse. Disimuló ansiedades, sospechas y tristezas, y sin exteriorizar nada, se consagró dolorosamente á observar á su marido. Y como ni se quejaba ni le dirigía la más leve observación, Francisco llegó á persuadirse de que su mujer no notaba el cambio, y así, libre del temor de molestarla, fué procediendo más y más á sus anchas.

Una mañana, acababan de almorzar y la criada se retiró después de servir el café. Afuera soplaba el viento enfurecido, llovía copiosamente y el deshielo se encontraba en todo su apogeo. Los árboles, despojados de su mortaja de nieve, destacaban negreantes sobre el fondo blanquizo de la tierra: las encinas con sus ramas nudosas y robustas, las hayas con los troncos lisos y las flexibles ramas en desmayo. Fuentemala desprendía blancos vapores, como enorme caldera de agua hirviendo; acá y allá, en los campos, la capa de nieve se rompía, dejando ver los pálidos verdo-

res del prado ó los negruzcos terrones de las parcelas de labor.

La lluvia caía torrencialmente y, por todas partes, se escuchaban rumores de agua que corre; empujada por el viento azotaba los cristales lagraminando; las gárgolas y los canalones lanzaban gruesos chorros sobre las baldosas del patio; un sollozo sordo y continuo vibraba en la angostura del valle.

Después de paladear el café, Francisco se levantó maquinalmente; desconcertado y ocioso, se paseó desde la ventana hasta la mesa, levantando un extremo del visillo, silbando quedo, conteniendo un bostezo y preguntándose con fastidio cómo iba á pasar aquella larguísima tarde lluviosa. Adriana, embutida en una butaca próxima á la chimenea, con la barba apoyada en una mano y el entrecejo fruncido, observaba en silencio las idas y venidas y el gesto aburrido de su esposo. Muy pronto, cansado de dar vueltas como un lobo en su jaula, Francisco sacó ostensiblemente la petaca y se encaminó hacia la puerta.

— ¿Me dejas? — preguntó bruscamente Adriana, en el momento en que su marido levantaba con suavidad el cortinaje.

— Voy á fumar afuera.

— Puedes fumar aquí, te autorizo... Con que entreabras la ventana me basta...

— No es posible; la lluvia inundaría la alfombra.

— Bueno, pues, de cualquier modo, enciende el cigarro; prefiero el humo á quedarme sola... Abriremos la ventana cuando cese la lluvia.

— ¡ Pues hay agua para rato! — insistió, levantando el picaporte de la puerta.

— ¡ No importa! Fuma aquí... Te lo ruego.

Francisco soltó el cortinaje y sacó un tabaco. Al mismo tiempo hizo un gesto de impaciencia y se encogió de hombros manifestando su contrariedad. Creía que la colgadura lo ocultaba á los ojos de su mujer; pero no contó con un espejo emplazado frente á la butaca ocupada por Adriana. El cristal reprodujo fielmente la expresión de enojo de la mirada y el gesto resignado al par que furibundo del encogimiento de hombros. Todo esto pasó como un relámpago ante la vista de la señora de Pommeret, que se estremeció sobresaltada.

— Francisco — exclamó — ¡ Ya no me quieres!

El joven iba á encender el cigarro; se volvió, se ruborizó levemente y miró á su mujer, intentando sonreír.

— ¡ Qué bromas gastas ! ¿ Dices que ya no te quiero ?... ¿ En qué lo conoces ?...

— En todo... ¿ Crees que porque no me quejo no advierto tu manera de ser para conmigo ?... Observo, reflexiono, y te aseguro que mis reflexiones no son alegres.

Pommeret, muy desconcertado por el giro que tomaba la conversación, daba chupada tras chupada al tabaco, como para disimular entre las bocanadas de humo, el desasosiego y la turbación que le salían á la cara.

— Realmente — murmuró — parece que deseas que regañemos sin motivo. ¿ Qué quejas tienes de mí ?... ¿ De qué me acusas ?...

— De nada... Desde el momento en que te conceptúas irreprochable, nada tengo que decirte... Lo que ocurre, es que evoco recuerdos, que comparo, y en la comparación de hoy con ayer no sales favorecido.

— Todo eso es muy raro — contestó bromeando.

— Te agradecería que concretaras... ¿Cuál es mi culpa ?... ¿ Acaso no estoy constantemente á tu lado ?... ¿ Por ventura te he dado el menor motivo para que sientas celos ?... ¡ Vamos, habla ! añadió exasperándose ante la actitud demasiado tranquila de Adriana.

— ¡ Acuérdate únicamente de cómo eras para conmigo en la Mancienne !... Entonces ni tenías prisa por dejarme, ni me regateabas las horas que pasabas á mi lado : ¡ las mismas horas que, en la actualidad, me concedes como una limosna !

— ¡ Exageraciones ! ¡ Siempre exageraciones !... Querida mía — replicó con enojo, arrojando el cigarro á la chimenea ; — ya no eres una jovenzuela romántica, eres una mujer sensata... Déjame que te hable como á persona juiciosa...

— Ya te escucho — interrumpió Adriana con acento sarcástico. — Vamos á ver cómo me demuestras que las mujeres, aun siendo de mi edad, pueden prescindir de ternura y de cariño.

— Mi cariño no ha cambiado — objetó Francisco. — Respecto á ternuras, ó, para hablar claro, á apasionamientos, ya se sabe, querida mía, que la pasión no dura más que las tempestades embravecidas... Además, la pasión resulta más peligrosa que útil para la vida en el hogar... Créeme, la mejor garantía de la felicidad consiste en un afecto sólido, cimentado en estimación y confianza recíprocas.

Y así continuó expresándose largo rato, en un lenguaje sentencioso y vulgar, ensalzando los afectos tranquilos y las virtudes y sentimientos